



Arte notable de fundaciones y leyendas

R. H. MORENO-DURÁN

Ilustraciones: Esperanza Vallejo

I

MEMORIA SUCINTA de los días inaugurales de la nacionalidad, el *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* señala: “digo que se gastó la mayor parte del año de treinta y ocho en acabar de sujetar y paçificar aquel Reino. Lo cual acabado entendió luego el dicho Licenciado en poblallo de españoles y edificó luego tres cibdades principales. La una en la provincia de Bogotá y llamóla Santa Fee. La otra llamóla Tunja, del mismo nombre de la tierra. La otra llamó Vélez, ques luego a la entrada del Nuevo Reino, por donde él con su gente había entrado..”. Exactamente cien años después de acaecidos los hechos registrados por el autor del *Epítome*, Juan Rodríguez Freyle evocó y recreó en *El carnero* la minuciosa consolidación de esas ciudades, no sólo desde su ángulo administrativo y oficial, sino —y aquí radica su peculiaridad— desde una perspectiva inusual: la intimidad doméstica y cotidiana de sus primeros habitantes. Por todo ello, si la sinopsis precede con su concisión a la totalidad de la crónica, ésta le ofrece al lector un universo particular, en el que la historia cede su lugar a la confidencia y al chisme, al análisis del comportamiento civil y al sondeo psicológico: un vasto fresco que plasma para la posteridad la condición humana en los primeros tiempos del Nuevo Reino de Granada.

Concebido inicialmente como una crónica por el estilo de las que circularon a su aire en los tempranos días de la Conquista y la Colonia americanas, *El carnero* es un libro que, no obstante el propósito de su autor, se resiste a ser ubicado en una nomenclatura específica. El dato histórico —materia prima de la crónica— convive al comienzo con los conatos de una sagaz pericia narrativa, aunque más tarde le ofrece a ésta la primacía de su espacio para subsumirse luego en la cauda literaria que se apodera del texto. Y es precisamente esta naturaleza ecléctica, en la que alternan secuencias históricas y folclóricas, sociales y eróticas, políticas y picarescas, la que le brinda al libro su extraño y sugestivo alcance.

II

Para empezar, el autor y el título mismo de su libro plantean una serie de interrogantes e inquietudes que no han logrado resolver siquiera los más avezados y pertinaces especialistas. En lo que respecta a Juan Rodríguez Freyle, los datos que permiten una aproximación a su biografía son escasos, cuando no inexactos. La mayor parte de la información de que se dispone la ofrece el propio autor en su libro, diseminada entre diversos eventos y casi siempre como comentario a algún suceso que quiere ilustrar con vocación

fehaciente. En cualquier caso, el breve haz de noticias personales de que se dispone constata que Rodríguez Freyle —“de los Freyles de Alcalá de Henares”— nació en Santafé de Bogotá el 25 de abril de 1566. Perteneció a una familia que gozaba de cierto predicamento social, como lo atestigua el hecho de que el propio fundador de la ciudad, el adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, hubiera sido el padrino de una de sus hermanas. Tras cursar sus estudios básicos en la escuela del maestro Segovia —de esta época *El carnero* recoge algunas curiosas anécdotas que el autor recrea como contexto de su infancia— ingresa en un seminario de la capital, aunque pronto abandona la vida claustral al descubrir que los hábitos religiosos no son los más idóneos para canalizar sus inquietudes. Y contra los hábitos elige las armas, convirtiéndose así en lo que él llama “razonable soldado”, protagonista ideal de toda clase de bizarras empresas. En este sentido, existe fidedigna constancia de que se enroló en diversas partidas para combatir a los indios alzados contra los conquistadores, en particular los timanaes y pijaos, probable emulación de las gestas de su padre, quien militó en las huestes de Pedro de Ursúa contra los indios del norte. Precisamente, una de esas partidas en las que participó el futuro cronista estuvo encabezada por don Juan de Borja, presidente a quien Rodríguez Freyle evoca reiteradamente en su libro. Más tarde supo ganarse la confianza del oidor Alonso Pérez de Salazar y consiguió que éste lo llevara consigo a España, en calidad de secretario.

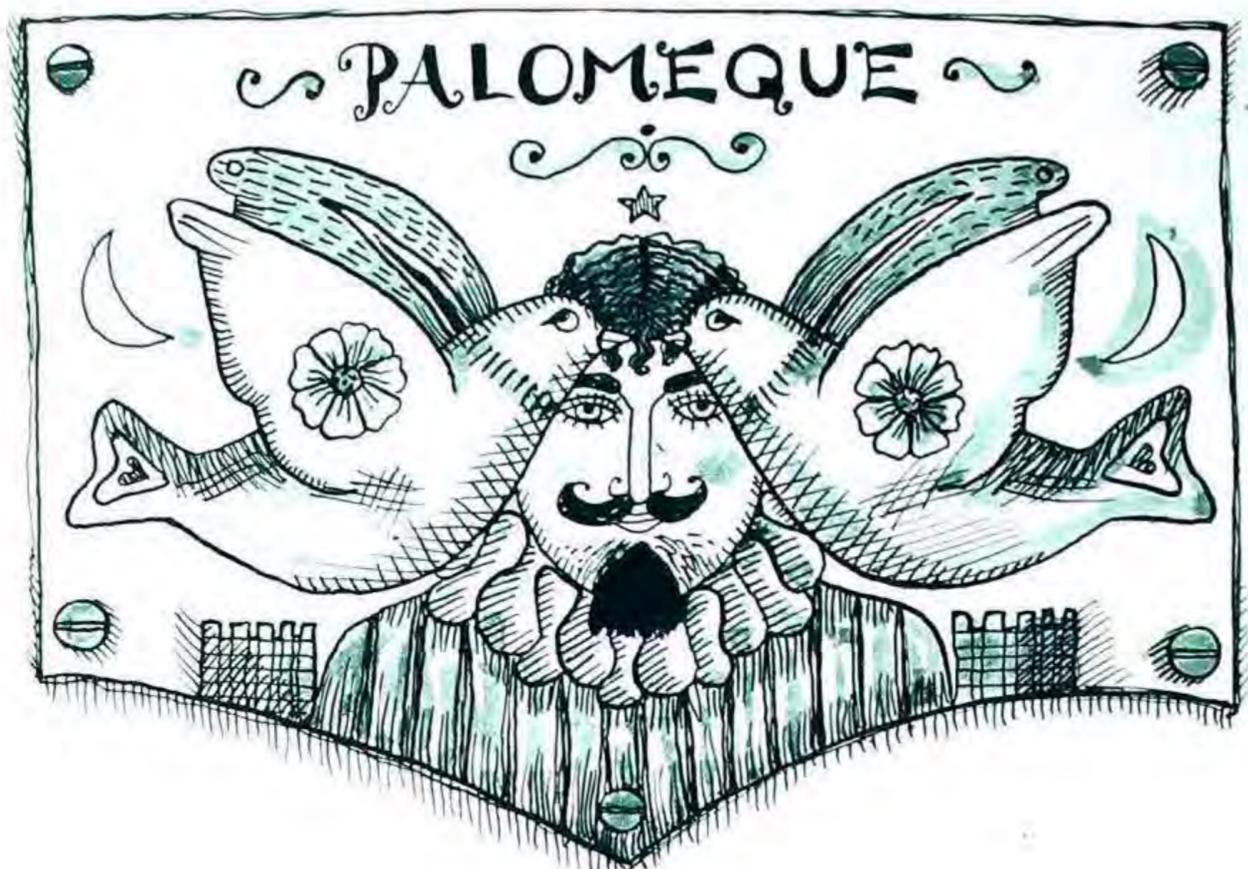
El interés de Rodríguez Freyle por conocer la tierra de sus antepasados fue siempre enorme, y de ello dan prueba reiteradas menciones en *El carnero*. Sin embargo, su vida en España estuvo marcada por la penuria, y de tal experiencia cabe destacar su heroica participación en la defensa de Cádiz contra los ataques de los piratas ingleses al mando de Francis Drake, según él mismo anota en su libro. Cabe aquí mencionar lo que Darío Achury Valenzuela registra en su prólogo a la edición de *El carnero* de la Biblioteca Ayacucho y que hace referencia a las peripecias de los padres de Rodríguez Freyle y la comitiva del obispo fray Juan de los Barrios cuando, en su viaje a América, fueron asaltados por los piratas Francois Leclerc y Jacques de Sores. En cualquier caso, tras seis años de vagabundeo por tierras castellanas y andaluzas regresa a su patria y su biografía se torna, una vez más, brumosa. En un largo salto retrospectivo, el cronista cuenta cómo, en 1601, se casa con doña Francisca Rodríguez, unión bendecida por fray Bartolomé Lobo Guerrero. Así mismo, hay algunas otras breves referencias a su vida en familia, a problemas jurídicos con un socio por negocios de ganado, litigios zanjados casi siempre con resultados negativos para sus intereses. La muerte lo sorprende alrededor de 1642, seis años después que su memoria, septuagenaria aunque fiel, hubiera emprendido la evocación de los primeros cien años de la vida pública y privada de una de las urbes más importantes de la América española.

Pero si la vida de Rodríguez Freyle pertenece al ámbito de la conjetura, no ocurre lo mismo con su bagaje cultural, ya que éste puede determinarse con cierta fiabilidad a través de sus citas, parangones y ejemplos, que permiten configurar la imagen de un hombre con formación superior a la media de la época. La Biblia es tal vez el texto que más cita, particularmente los libros del Antiguo Testamento, de lo que se sirve para hacer glosas y comentarios de oportuno alcance. La mitología también destaca y son múltiples las referencias que en este sentido ofrece *El carnero*. De todas formas, donde mejor sobresale la formación intelectual de Rodríguez Freyle es en el campo de la historia política de griegos, romanos y españoles, materia que ilustra con

acierto muchas de sus reflexiones sobre la naciente conciencia civil de los dirigentes del nuevo continente. Plutarco compite con los consejos de Platón para el buen gobierno de la República, en tanto que “las doce condiciones” que Marco Aurelio recomienda a los jueces son fielmente enumeradas, con el fin de no crear ningún vacío en la casuística que le preocupa. También Horacio y Virgilio, entre los latinos, y fray Luis de Granada y Fernando de Rojas, entre los españoles, comparten *ex abundantia cordis* una elevada posición entre los clásicos que con mayor frecuencia califican la gama cultural del autor.

En lo pertinente al título de la obra de Rodríguez Freyle, basta citar, por simple vía de ejemplo, algunos de sus posibles significados sugeridos por historiadores y críticos de muy diversas tendencias. Según unos, *carnero* es una palabra con la que los santafereños designaban la sepultura, probablemente apoyados en una voz derivada de la latina *carnarium*, y con la que daban a entender que a la fosa iban a parar aquellos títulos de falsa nobleza que con toda seguridad y en gran profusión se atribuían los gentileshombres del período colonial americano. El libro de Rodríguez Freyle, ciertamente, parece un sepulcro, ya que el autor consignó en él la lista de apellidos procedentes de la península, con lo que, de esta forma, revela el verdadero origen de falsas o infladas hidalguías, rotunda prueba de vanidad que el barroco peruano Juan del Valle Caviedes fustiga en un poema satírico en los siguientes términos: “así los hombres, brutos incipientes/ rinden sus almas, como el carnero/ con falsas opiniones aparentes”. También se ha afirmado que *carnero* es el nombre dado a los libros de actas capitulares y cuadernos o archivos judiciales, así como a la calle por donde pasaban los funerales rumbo al cementerio. Así mismo, otra opinión sostiene que la voz *carnero* proviene de la obra de un historiador español, de apellido homónimo, que narró las incidencias de las guerras de Flandes y que tuvo gran acogida popular en su tiempo por mencionar en ella los nombres de muchos antepasados de los lectores. Anderson Imbert, en su *Historia de la literatura hispanoamericana*, sugiere una curiosa hipótesis: “En el ejemplo 19 del *Libro de los gatos* (1400-1420) un lobo se mete a monje pero en vez de decir ‘Pater noster’ dice ‘carnero’, y así, muchos monjes, en vez de aprender la regla de su orden, se ocupan del ‘carnero’, o sea de las comidas, vino, vicios mundanos...”. No falta tampoco la acepción sexual de la palabra, ya que en algunos casos *carnero* hace relación a una excesiva efusividad carnal, tema éste que es una de las constantes del libro, como puede apreciarse a través de los numerosos episodios que registra.

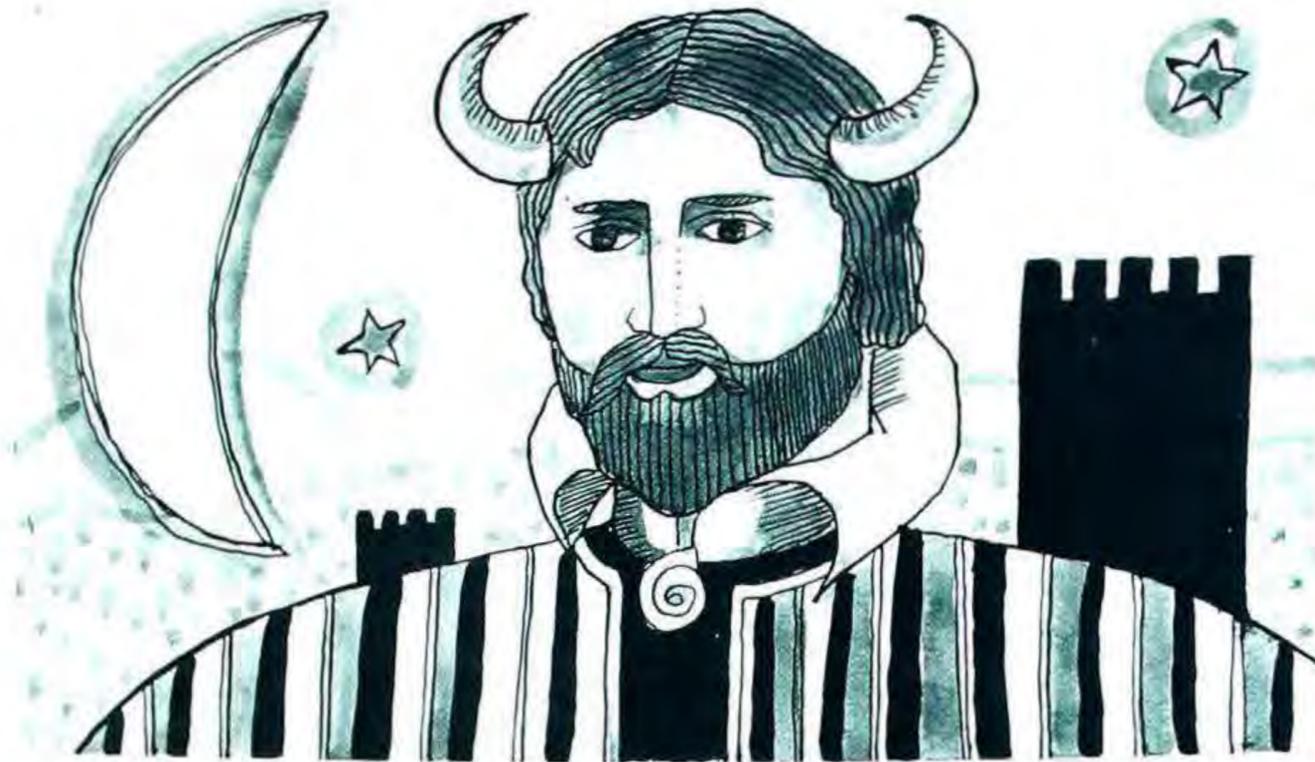
En este aspecto, existe un precedente que consideramos merece ser tenido en cuenta. En el *Libro del buen amor*, el Arcipreste de Hita narra la historia —tan autónoma en el texto de Juan Ruiz como los eventos de Rodríguez Freyle lo son ante el cuerpo mayor de *El carnero*— de “Don Pitas Pajas, un pintor de Bretaña”. El pintor, en vísperas de un largo viaje, decide pintarle a su mujer, en el vientre, un corderillo, pero cuando al cabo de dos años regresa descubre con asombro que su corderillo se ha metamorfoseado en un enorme carnero, a su vez pintado por el amante de su mujer. Ante el reproche del marido engañado, la respuesta de la mujer es tan admirable como su lenguaje híbrido: “¿Cómo, monsseñer,/ En dos años petid corder non se fer carner?/ ¡Veniésedes templano: trobaríades corder..!”. Una vez más, como a menudo ocurre con los episodios galantes de Rodríguez Freyle, la culpa de la mujer se traspasa al marido confiado, que con su larga ausencia le abre espacio al amante en los asedios a su cónyuge. Y la voz *carnero*, magnificada por la infidelidad, adquiere en el Arcipreste el mismo sentido carnal e incluso sicalíptico de



Rodríguez Freyle. Tampoco cabe pasar por alto aquí cómo la leyenda en el vientre de la adúltera precipita la tragedia pasional en el episodio de la palomera Olimpia Zuleta, en la novela *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez. Sea el dibujo de un carnero o la palabra *cuca*, el sentido sexual, expresamente señalado en el vientre de la mujer, unifica en ambos casos el carácter erótico y clandestino de la acepción *carnero*.

De todos modos, la razón por la cual la posteridad bautizó con ese nombre al libro de Rodríguez Freyle continúa siendo una incógnita, pese a las causas que se incoan para justificar esta o aquella teoría en tan debatida cuestión. En realidad, el título original del libro es tan expresivo como el sumario de materias que abarca: *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del mar Océano y fundación de la ciudad de Santafé de Bogotá, primera de este Reino donde se fundó la Real Audiencia y Cancillería, siendo la cabeza se hizo arzobispado. Cuéntase en ella su descubrimiento, algunas guerras civiles que había entre sus naturales, sus costumbres y gentes, y de qué procedió este nombre tan celebrado del Dorado. Los generales, capitanes y soldados que vinieron a su conquista, con todos los presidentes, oidores y visitadores que han sido de la Real Audiencia. Los arzobispos, prebendados y dignidades que han sido de esta santa iglesia catedral, desde el año de 1539, que se fundó, hasta el de 1636, que ésta se escribe; con algunos casos sucedidos en este Reino que van en la historia para ejemplo y no para imitarlos por el daño de la conciencia. Compuesto por Juan de Rodríguez Freyle, natural de esta ciudad, y de los Freyles de Alcalá de Henares en los Reinos de España, cuyo padre fue de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino. Dirigido a la S. R. M. de Felipe IV, Rey de España, nuestro Rey y Señor natural.* Este libro, escrito entre 1636 y 1638, circuló en copias manuscritas durante más de dos siglos hasta que, en 1859, Felipe Pérez lo hizo imprimir apoyándose en el ejemplar que poseía el historiador Joaquín Acosta.

En cualquier caso, y de nuevo con la voz *carnero*, lo que resulta absolutamente indiscutible es el carácter de sepultura social que singulariza al libro y que parece justificar los citados versos de Caviedes: su irreverencia frente a ostentosas genealogías, su iconoclastia ante heráldicas recamadas de mentiras y



argucias, su constante afán de fustigar la entonces precoz manía nacional por encontrar añejas raíces en el pasado personal de cada ciudadano, todo lo cual, en fin, va a parar a la fosa común de una procedencia cuyo linaje no causa vergüenza, aunque tampoco desmedido entusiasmo. Es pertinente señalar aquí un curioso sentido de la voz *carnero*. En su comentario sobre *El Apocalipsis de Saint-Sever* —manuscrito francés del siglo XI, que en realidad es un comentario al célebre *Apocalipsis del Beato de Liebana* (Asturias, siglo VIII)— Georges Bataille hace especial referencia a las ilustraciones del texto, una de las cuales (la sexta) se titula *Combate del unicornio y el carnero*. Dice Bataille en su explicación: “Esta página es la ilustración del capítulo VIII de Daniel. El profeta, encontrándose en la ciudadela de Suse percibe visionariamente un chivo unicornio combatiendo con un carnero, uno de cuyos cuernos es más alto que el otro. Según el texto de Daniel, el carnero es el reino de los persas y el unicornio el rey de los griegos. En el curso del combate los cuernos caen y se renuevan, símbolo de la muerte de los reyes...” (*Documents*, II). Símbolo de la muerte de los reyes..., ¿acaso no es tanto como decir símbolo de las genealogías que se suceden, símbolo de todo lo humanamente percedero pero que, entronizado por la majestad del Poder, se perpetúa? ¿Qué es *El carnero* sino la crónica de todas estas genealogías y entronizaciones en el Nuevo Reino de Granada? De cualquier forma, las andanadas de *El carnero* debieron cumplir su cometido, sobre todo a la vista de lo que le ocurrió a Juan Flórez de Ocariz, cuyo volumen segundo de sus *Genealogías del Nuevo Reino de Granada* fue secuestrado decenios después por una familia enfurecida a causa del tratamiento que el autor le había dado en su libro.

El propio Rodríguez Freyle, frente a los adalides de la Conquista, comete errores que la historia se ha encargado de revelar sin dilación alguna. En el capítulo primero de su crónica habla del “marqués don Francisco Pizarro”, haciéndose eco de los malentendidos que todo aventurero en trance de conquistador difundía por doquier con el fin de escamotear el verdadero origen de su persona y de su casta. Si hemos de creer lo que dice Germán Arciniegas en *El caballero de El Dorado* —libro que, por otra parte, consulta y recrea a menudo algunos de los episodios que constituyen el magma de *El carnero*—, fácil y explicable sería nuestro estupor al comprobar que el mencionado “marqués” no es más que un bastardo, porquero de oficio, que usufructuó el

apellido de su presunto padre, el capitán Gonzalo Pizarro, y quiso sumir en el olvido el nombre de su madre, “la Francisca González, del arrabal de Huertas de Animas”. Lo mismo ocurre con Sebastián García Moyano, alias Sebastián de Belalcázar, quien antes de su viaje a América fue un conocido asnerizo. El propio cronista, hijo de Juan Freyle y de doña Catalina Rodríguez, antepone el apellido materno al de su progenitor, trastocamiento nominativo que no deja de ser curioso. Pero aún es más sorprendente lo que ocurre con la familia del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada —uno de los excepcionales conquistadores con formación cultural reconocida: licenciado en leyes, ensayista polémico y poeta y a quien se le atribuye la autoría del Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada—, se aprecia una larga serie de ardidés genealógicos: no obstante provenir su estirpe en línea directa de Sancho Palomeque (en cuyo escudo dizque había dos palomas), sus vástagos se transforman en Palomeque, uno, y, sin saberse por qué, en Pedro Días Carrillo de Toledo, el otro, con lo que el nombre original sufre una ininterrumpida gama de alteraciones hasta quedar finalmente entronizado como Señor de Quesada. Si todo esto ilustra parte de la *petite histoire* de los líderes de la Conquista —y no se nos escapa el hecho de que la ordenación y estructuración legal (esto es, *notarial*) del apellido es una medida relativamente tardía, establecida por los Borbones en el siglo XVIII—, ya podremos imaginar lo que pretendían socialmente los prohombres recién desembarcados o los primeros criollos del nuevo continente.

La manipulación del pasado es una de las armas de mayor alcance con que cuentan los reductos sociales que, a través de la sublimación ideológica de sus antepasados, distraen la atención de los verdaderos problemas de la realidad contemporánea. La legitimación *autoritas historiae* del poder ofrece a veces más garantías de predominio que la inmediata significación económica del concepto: “Conquistar el poder no es suficiente —dice al respecto J. H. Plumb en su libro *La muerte del pasado*—; hay que asentarlo sobre un pasado seguro y servicial”, y eso es lo que han hecho siempre los detentadores de prerrogativas, aún a riesgo de hundirse en vergonzosos exabruptos. La importancia desmitificadora de *El carnero* sobre el balance fiel de los apellidos, oficios y procedencias de quienes desembarcaron en América no oculta su validez constante e irreconciliable y, al menos en este sentido, el contenido del libro se identifica plenamente con la acepción de ‘sepultura social’.

III

Híbridos de testimonio directo del narrador con secuencias apoyadas en fuentes poco fiables y matizadas con ingredientes diversos en los que destaca un declarado aporte imaginativo del autor, son, en resumen, los elementos que tipifican no sólo a un texto como *El carnero* sino también a esa curiosa gama de documentos que, desde el mismísimo *Diario* de Colón hasta las extenuantes relaciones de seglares y frailes, inundaron sin medida alguna la discutible bibliografía de la entonces naciente historia americana. En el período comprendido entre los iniciales años de la Conquista y la mitad de la Colonia, el nuevo continente experimenta un lento proceso de sedimentación cultural en virtud del cual se concilian algunos elementos de la tradición vernácula con los valores que imperaban en la metrópoli.

Hacia la primera mitad del siglo XVI la misión colonizadora ya estaba en marcha en América, y es así como se puede apreciar de qué forma, al lado del aparato jurídico-económico peninsular, ciertas manifestaciones culturales

empiezan a gestarse, advirtiéndose incluso un empalme de generaciones: la de los escritores españoles (cronistas y licenciados humanistas) que van a radicarse al nuevo continente (excepción hecha de viajes circunstanciales como los de Mateo Alemán a México y Tirso de Molina a Santo Domingo) y la de los escritores criollos que marchan a España atraídos por razones particulares o por el fasto de la corte metropolitana. El caso de los españoles que se radican en América es frecuente y marca una primera época de producción literaria en el nuevo mundo. Alonso de Ercilla y Zúñiga, por ejemplo, se traslada a Chile y, sobre la experiencia de los aborígenes frente a los conquistadores, escribe *La araucana*, poema épico que tuvo una serie de seguidores, de los cuales el más aventajado fue Juan de Castellanos, que se radicó en el Nuevo Reino de Granada, donde redactó su *Elegía de varones ilustres de Indias*, texto en el que daba cuenta de los hechos y figuras de la Conquista en esa parte del continente y cuyas resonancias se advierten en *El carnero*.

Consolidadas las instituciones en América y establecido el centro administrativo en los virreinos de Lima y México (el virreinato de la Nueva Granada, con sede en Santafé de Bogotá, sólo fue instaurado en 1717, ochenta años después de la vigencia de las primeras instituciones que registra *El carnero*), el movimiento cultural se polarizó también en estas ciudades —¿cómo olvidar las *Cartas de las damas de Lima a las de México*, de Rosas de Oquendo?—, en las que habrían de nacer dos de los más grandes escritores criollos que se trasladaron a España: el Inca Garcilaso de la Vega y Juan Ruiz de Alarcón, escritores que, pese a su devoción por los temas americanos, jamás regresaron a sus lugares de origen.

El incipiente desarrollo de una literatura en sentido estricto obedeció, entre muchas otras razones, a dos circunstancias: primera, las disposiciones legales de Carlos V (dos en el breve lapso de 1532 a 1543), en virtud de las cuales se prohibía la redacción, publicación y circulación de obras de imaginación pura (“libros de romance y materias profanas y fabulosas, así como libros de Amadis...”) y, segunda, la precaria y casi inexistente actividad editorial en América. En el primer aspecto, es evidente que la coyuntura histórica que Europa vivía en esa época encontró obligadas resonancias en las colonias americanas, ya que España (y por ende, sus dominios de ultramar) se había convertido en el bastión de la Iglesia contra las doctrinas de la Reforma, enclaustrándose, en consecuencia, en los dogmas y en la ortodoxia de los principios *sub specie aeternitatis* de la escolástica. El propio Rodríguez Freyle en *El carnero* deja testimonio de su “participación” en los encendidos debates que sobre el origen y la naturaleza ontológica de los aborígenes americanos —¿son los indios seres humanos?— protagonizaron en su día Juan de Sepúlveda, el padre Vitoria y fray Bartolomé de las Casas, entre otros, y que ni siquiera cesaron con la aparición de la bula *Sublimis Deus* del papa Paulo III, gracias a la cual se les otorgó un alma a los indios sólo para que éstos fueran pronto pasto del frenesí evangelizador. El aislamiento peninsular operó en todos los órdenes, y si en el plano ideológico la metrópoli insistió en permanecer en la Edad Media, en el económico asumió una perniciosa política mercantilista basada preponderantemente en la acumulación de oro y piedras preciosas provenientes, es obvio, de las colonias, y que pronto dio al traste con la bonanza del flamante imperio. También de este tema se ocupa *El carnero* al registrar, por una parte, la impresionante cantidad de oro que se mandaba a España y que jamás regresaba a América y, por otra, al denunciar la oprobiosa expoliación de los indios en las minas. El historiador Bailey Diffie ratifica el testimonio de Rodríguez Freyle al afirmar que la actual República de Colom-

bia fue la región que más oro produjo en todo el período colonial americano, al punto que, como también lo constata la investigadora Raquel Chang, a finales del siglo XVI ya se habían extraído 4'115.295 pesos en oro, lo cual significó un mayor incremento de la minería y una mayor explotación del indígena primero y del negro después.

En cuanto a las medidas represivas que en materia cultural impuso el régimen español a sus colonias, es pertinente reconocer diversas y fértiles transgresiones: comprobado está, y pese a los riesgos que ello implicaba, que la violación de normas sobre circulación de libros de ficción fue un hecho. De contrabando llegaron a América relatos de caballería y novelas italianas e inglesas que se difundían y comentaban en estrechos círculos, así como docenas de ejemplares de obras como *El Quijote*. Paradójicamente, en mayo de 1590 Cervantes mismo “pide y suplica humildemente, cuando puede a V. M. sea servido de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacantes, que es el uno *la contaduría del Nuevo Reino de Granada*, o la Gobernación de Soconusco en Guatemala, o *contador de las galeras de Cartagena de Indias*, o Corregidor de la ciudad de La Paz”, petición que, felizmente para la literatura universal, le fue denegada. No obstante sucederse estas aisladas violaciones, las disposiciones de la censura cumplieron su cometido en su mayor parte y el aislamiento cultural que sufrió América en estos primeros años fue casi total, a tal extremo que el ejercicio literario por excelencia lo constituyó la crónica, ese sobrio “género” (que algunos entomólogos del hecho literario no vacilarían en denominar “subgénero”) que, aparte los desvarios de ciertos frailes, dejó testimonios fidedignos y objetivos. La crónica, sin embargo, y con la tónica de los nuevos tiempos, pronto empezó a superar sus propósitos de exclusiva difusión de hechos de Conquista para abordar aspectos diferentes, como ocurre con Juan Suárez de Peralta y su *Tratado de la caballería de la jineta y brida*, uno de los primeros libros publicados en América sobre tema mundano.

IV

Los cien años transcurridos desde la fundación de Santafé de Bogotá en 1538, hasta 1638, fecha en que el autor pone punto final a su crónica iniciada dos años antes, adquieren en el libro de Rodríguez Freyle una curiosa uniformidad



casi de carácter genealógico. Una especie de prefacio histórico —basado en los testimonios de Juan de Castellanos y fray Pedro Simón, entre otros— se extiende del capítulo II al V y brinda un informe más o menos detallado sobre la situación de las comunidades aborígenes antes de la llegada de los conquistadores, particularmente la jerarquía chibcha y las disputas internas entre los caudillos Guatavita y Bogotá y, en última instancia, la intervención del jefe Ramiriquí, de Tunja. Superado este informe, el capítulo VI aborda de plano la recreación del coincidental encuentro de los tres ejércitos que confluyeron en el Valle de los Alcázares y que estaban comandados por los españoles Gonzalo Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar y el alemán Nicolás de Federman, y que, procedentes de las más diversas latitudes, decidieron fundar en el lugar del encuentro una ciudad (“Recibiéronse estos generales al principio muy bien; y dende a poco nacieron entre ellos no sé qué cosquillas, que el oro las convirtió en risa...”).

A partir de este capítulo, y tras hacer las relaciones de soldados y bienes que cada conquistador-jefe llevaba, el libro adquiere esa dimensión distinta que, precisamente, es la que le da la peculiar identidad que lo ha hecho célebre. El carácter inmediatamente histórico que caracteriza a la crónica alterna en esta obra, y a partir de estos capítulos, con las incidencias y sucesos más curiosos de unas ciudades que empiezan a crecer en pleno ambiente de hibridación cultural. Sin embargo, pronto se desentiende *El carnero* del rigorismo cronológico y del dato fidedigno, sumergiéndose en una empresa de ribetes casi lúdicos en la que la historia —sólo en el capítulo XI su autor decide autodenominarse “cronista”— sirve de telón de fondo a los acontecimientos sociales, es decir, a los relatos en los que el erotismo, la brujería o la violencia constituyen la verdadera materia del asunto. Muestra de la desenfadada actitud de Rodríguez Freyle frente a la historia se da cuando escribe: “en el año de 1546, digo 56, gobernaba Don Felipe II...”, sin que se le ocurra tachar la fecha equivocada, dejándola en el texto, y con lo cual, para rabia de historiadores, deleite de cazadores de gazapos y beneplácito de literatos, el libro alcanza gravitaciones diversas. Lo mismo sucede cuando, acerca de uno de sus personajes, escribe: “era su madre, digo su comadre” y continúa su relato sin hacer la menor alteración, con lo que consagra expresamente el yerro. Pese a estas divertidas licencias, *El carnero* nos permite apreciar de qué forma se afianza la



jerarquía administrativa del régimen colonial y cómo, tras la visita a la corte de los tres conquistadores que coincidieron en el altiplano andino, el desfile de dignatarios españoles —gobernadores, visitadores, oidores, fiscales, jueces y prelados— aumenta paulatinamente, viéndose incrementado con la fundación de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá en 1549. Al igual de lo que ocurrió en el resto del continente, la Audiencia se vio acompañada siempre de una fauna muy particular de funcionarios y licenciados en leyes que, fieles al espíritu de su profesión, incrementaron las querellas y pusieron los litigios a la orden del día, con lo cual se abrió un amplio campo a las diversas formas de corrupción, particularmente la extorsión y el soborno. El libro registra sobre este tema gran número de acontecimientos, entre los que destaca la corrupción incontrolable del visitador Juan Prieto de Orellana, que se enriqueció a costa de las más aberrantes expoliaciones y cohechos.

Otro caso singular de injusticia administrativa y que, de paso, le sirve a Rodríguez Freyle para escribir uno de sus mejores episodios, es el que vivió el propio presidente, don Francisco de Sandí, quien acusó tendenciosamente de robo al licenciado Salierna de Mariaca. A punto de morir, el licenciado emplazó al presidente para que, dentro de los nueve días siguientes al de su muerte, comparecieran ambos ante el tribunal de Dios. Murió Salierna de Mariaca y a los nueve días exactos falleció también el presidente. Esta secuencia de *El carnero* nos remite obligadamente a la historia que en el siglo XIV protagonizó Fernando IV, mejor conocido como el Emplazado, rey de Castilla y de León. Según la tradición, el rey promovió el proceso y la muerte de los Carvajales, injusto a todas luces, a extremo tal que los condenados, en el último momento, emplazaron a Fernando para comparecer ante Dios en el término de treinta días, lapso en el que, efectivamente, falleció el monarca.

Con la llegada de fray Juan de los Barrios, primer arzobispo, y del doctor Andrés Díaz Venero de Leyva, primer presidente de la Real Audiencia, la jerarquización eclesiástico-administrativa está ya conformada y la crónica cede prácticamente todo su espacio a la relación de sucesos de índole mundano que caracterizan la obra. A partir de dicha jerarquización, el elemento específicamente histórico subyace en las anécdotas de *El carnero* y sólo vuelve a ser protagonista del mismo en los capítulos XX y XXI, que cierran el libro y constituyen un par de catálogos que levantan, casi a manera de acta fundacional, una densa relación de ciudades, villas y pueblos fundados, así como el minucioso y exhaustivo registro de gobernadores, presidentes, oidores y visitadores que ejercieron sus funciones en los albores del Nuevo Reino de Granada.

V

Libro singular y para la época insólito, *El carnero* se vuelca a partir del capítulo IX en una serie de hechos de diverso cariz y que muy bien pueden constituir una antología de sucesos que ilustran la vida social y política en la Colonia americana.

Los cien años que abarca *El carnero* son pródigos en la evocación de los más sórdidos y sonados escándalos (aunque no faltan los incidentes divertidos que el autor eleva a una dimensión única, gracias a su extraordinaria ironía y acendrado humor) que conmovieron la joven pero flamante sociedad del nuevo mundo: secuencias de hechicerías de impresionantes alcances; hazañas picarescas de no siempre amables desenlaces; levantamientos de indios y sometimientos no muy ortodoxos ni clementes; tercerías celestinescas con o

sin el habitual cónyuge burlado; emplazamientos de difuntos; robos y extorsiones sin límites ni monto establecidos; torturas y ajusticiamientos a granel; lluvia de pasquines y querellas infames; fratricidios y venganzas por motivos de honor; fugas, raptos y conciliábulos nocturnos; fastos y solemnidades de difícil ponderación y, en lugar preponderante y con sordina barroca, la lenta y callada instauración de un estilo: el de la ciudad que crece afianzándose e imponiéndose a través de esa arquitectura mestiza que poco a poco se hace con el escenario en el que, como cumpliendo un pacto, coincidieron en su día tres de los más adustos conquistadores de ultramar.

Testigo excepcional de algunos de estos hechos es el propio Rodríguez Freyle, quien echa mano de su memoria para darle contexto biográfico a lo que narra. De esta forma, y cuando sólo contaba nueve años de edad y se dirigía a la escuela, atraído por los gritos de una mujer, contempla el cadáver del presidente don Francisco Briceño. Otro cadáver que el niño observa es el de Juan de los Ríos, asesinado, celos mediante, por el doctor Andrés Cortés de Mesa y Andrés de Escobedo, con lo que las primeras visiones del primer narrador de la literatura colombiana son cadáveres y componendas pasionales, sobre un agitado marco urbano, trazo premonitorio de una bien surtida tradición. Por otra parte, el curioso escolar es testigo de una de las anécdotas más divertidas y tan hábilmente narrada que, de suyo, constituye un cuento literariamente autónomo. Dicho cuento, que podríamos titular *Las peripecias de Roldán el Temerario*, recrea las estratagemas de que se vale Juan Roldán para burlar al visitador Juan Bautista Monzón, empeñado en interceptar las cartas del presidente López de Armendáriz. Roldán, como si encarnara por anticipado las glorias de Miguel Strogoff, hace lacrar dos cartas presidenciales, una falsa y otra verdadera. Porta la falsa y cabalga hasta la ciudad de Honda, donde el correo es detenido y encarcelado por los alguaciles de Monzón, a quienes, no obstante su difícil situación, logra convencer de que lo dejen libre y, merced a una astucia impresionante, se hace incluso aprovisionar de víveres y una canoa. La carta verdadera, previamente entregada a otro correo, libre de toda sospecha, supera los controles del visitador Monzón y llega a su destino.

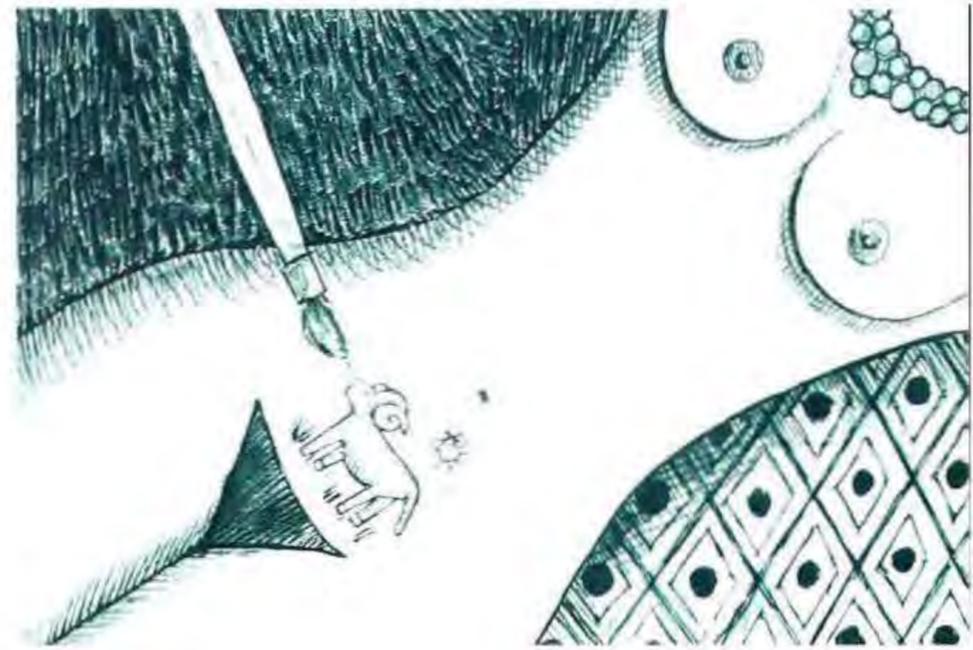
Sin embargo, de todo ese universo registrado y explayado por Rodríguez Freyle destacan sobre todo las decenas de crímenes pasionales de compleja factura en los que intervienen oidores, capitanes, frailes, el inevitable marido y, en el lugar más cómodo de la inmensa cama, el ya proverbial entusiasmo erótico de la mujer criolla. Es preciso señalar que la mayor parte de historias que en este sentido registra *El carnero* responden a una sorprendente peculiaridad narrativa, a punto tal que, extraídas del contexto, bien podrían configurar un volumen unitario y ameno. Sobre esta cuestión es preciso señalar el interés de los investigadores por dotar a tales historias no sólo de un apelativo específico sino también de una estructura morfológica propia. El rosario de nombres es tan vasto como las hipótesis vertidas, y tal profusión abarca nomenclaturas convencionales como “cuentos”, “fragmentos”, “relatos” y “ficciones”; términos más difusos y exóticos como “excursus”, “tradiciones” (*avant la lettre*), “Kasus”, “memorables”; y, por último, italianismos francamente espantosos como “historietas”. Descontada la circunstancia de que Rodríguez Freyle fue por encima de todo un cronista, apegado fundamentalmente a la realidad de unos hechos a los que su curiosidad y humor otorgan un clima propio, lo de menos es la invención de un nombre para tales registros, ancilares por completo de la historia que narra. Por todo ello, preferimos hablar de *eventos* cuando no de *sucesos*, algunos de los cuales cobran cuerpo en una relación tan vasta como narrativamente precursora.

De la pluralidad de anécdotas que ofrece la lectura de un libro como *El carnero*, bastaría sólo una para ratificar su importancia en las letras americanas y justificar y perpetuar su influjo en promociones enteras de escritores. Sirva para comenzar un singular ejemplo, convertido en gratificante motivo para bucear en pos de la arqueología social que funda nuestra idiosincrasia.

Tunja —la muy noble y muy leal ciudad aureolada heráldicamente por el águila bicéfala y las granadas de oro— fue el escenario donde doña Inés de Hinojosa protagonizó uno de los más encendidos escándalos de la Colonia, al extremo que casi al mismo tiempo la literatura optó por recrear las incidencias más notables del mismo. Los hechos ocurrieron en 1564, apenas veinticinco años después de fundada la ciudad, aunque muy pronto la historia se tornó leyenda entronizada por la escritura de los cronistas, tal como se advierte en el capítulo X de *El carnero*. En efecto, el cronista santafereño, nacido dos años después de los acontecimientos, recoge para la posteridad los pormenores de la ávida pasión de doña Inés, pasión extrema que habría de precipitar una tragedia de múltiples implicaciones. Y para que la historia no carezca de marco idóneo para su recreación, el autor evoca los diez años de buen gobierno del doctor Andrés Díaz Venero de Leyva, quien, conmovido por los hechos, se desplaza a Tunja, sustancia la causa y sentencia a muerte a los inculpados.

La tragedia se había incubado poco antes en Carora, donde doña Inés, cansada del derroche e infidelidades de su marido, don Pedro de Ávila, planea su muerte, en connivencia con el amante, el bailarín Jorge Voto. Tras un discreto interludio, la viuda y el bailarín se reúnen en Pamplona, donde se casan, y más tarde se instalan en Tunja, urbe en la que los sucesos adquieren tal magnitud, que incluso parecen desbordar la imaginación del más enfebrecido cronista. Pronto se cansa doña Inés de los afectos de su marido y cómplice y, cautivada por los requiebros de don Pedro Bravo de Rivera, su vecino y nuevo amante, opta por reincidir en la fórmula emancipadora: Jorge Voto cae asesinado, pero esta vez el crimen es descubierto y quienes urdieron la trama no escapan de la justicia. Rodríguez Freyle, en una muestra de inusual pericia expositiva, recoge todos los detalles de la anécdota y los revive en un fragmento magistral, indudable prolegómeno de la narrativa continental. Gracias a su peculiar visión de los hechos, el autor nos lega el retrato de doña Inés, “mujer hermosa por extremo y rica”, uno de los caracteres más fascinantes y perdurables de la vasta galería que habita las letras americanas y sobre el cual se han volcado poetas, novelistas y pintores, e incluso moralistas de última hora, como el propio autor, quien desde su senectud no puede menos que censurar lo que ya no puede disfrutar: “¡Oh hermosura! Los gentiles la llamaron dádiva breve de la naturaleza, y dádiva quebradiza, por lo presto que se pasa y las muchas cosas con que se quiebra y pierde. También la llamaron lazo disimulado, porque se cazaban con ellas las voluntades indiscretas y mal consideradas. Yo les quiero ayudar un poquito. La hermosura es flor que mientras más la manosean, o ella se deja manosear, más presto se marchita”.

Trescientos años después de los hechos de Tunja, en 1864, el escritor boyacense Temístocles Avella Mendoza recrea la historia en su novela *Los tres Pedros*, publicada por entregas en *El Mosaico*, de Bogotá, entre el 2 de abril y el 16 de julio de 1864. Lo curioso es que, aunque la novela de Avella se apoya en la anécdota inmortalizada por Rodríguez Freyle en el capítulo X de *El*



carnero, este texto sólo había sido publicado cinco años atrás, en 1859, gracias a la gestión editorial de Felipe Pérez. ¿Conocía Avella Mendoza esta versión? De no ser así, ¿hasta qué punto la memoria popular guardó durante trescientos años las incidencias de la trágica pasión de doña Inés? Obviamente, los sucesos fueron tan aireados que los libros del Cabildo de Tunja, actas, cartas y otros documentos multiplicaron la historia, amén de romances y poemas, repertorio que sin duda acrecentó el interés de Avella Mendoza por el tema, al extremo de recrearlo bajo el registro de “novela histórica. Crónica del siglo XVI”, cuando el autor apenas contaba 23 años de edad. Esta es la versión que en 1979, con el título *Los tres Pedros en la red de Inés de Hinojosa*, editó Vicente Pérez Silva, con un prólogo esclarecedor y bibliográficamente imponderable, reproducido en una nueva edición realizada por Tercer Mundo (Bogotá, 1987).

La historia de Avella Mendoza sigue la pauta del texto de Rodríguez Freyle, aunque en algunos aspectos se desmarca de la anécdota inicial, con lo cual justifica su iniciativa como novelista. Tal vez el aspecto de mayor autonomía narrativa sea el que tiene como eje a Pedro de Hungría, personaje misterioso e inasible en la crónica del santafereño pero que en la novela del boyacense se arroga atributos de protagonista. Ciertamente, Pedro de Hungría es un híbrido de detective *avant la lettre* y de mago dieciochesco, por el estilo de Bálamo, ese Conde de Cagliostro cuyas artes cautivan no sólo a los incrédulos sino también a las mentes más lúcidas del siglo de la Ilustración. Avella Mendoza, cuya formación positivista es evidente, se encarga de desmontar con argumentos empíricos lo que para los personajes de la trama y ciertos lectores es magia y esoterismo, tal como sucede con las representaciones con que el “nuevo Melquisedec” deslumbra a sus huéspedes. En efecto, Pedro Bravo de Rivera, Jorge Voto y su mujer, doña Inés, así como Juana, la sobrina, no dan crédito a lo que Pedro de Hungría despliega ante sus ojos: tres apariciones fantasmagóricas en las que, en su orden, todos ven la llegada de Colón a la isla de San Salvador, a continuación la inmersión de un indio cubierto de oro en las aguas de Guatavita y, por último, la muerte de Sugamuxi y el incendio del templo sagrado: de alguna forma, tales motivos aparecen ya en el sustrato anecdótico de *El carnero*. Sin embargo, es la cuarta representación la que promueve el pánico entre Jorge Voto y su mujer: la limpia transposición en imágenes de la muerte de Pedro de Ávila, en Carora, así como la voz que los asedia y persigue: la técnica de Pedro de Hungría remite a la hamletiana preocupación de atrapar en el escenario la conciencia de los asesinos. Ahora bien: todo este montaje, concebido cinematográficamente treinta años antes que lo internacionalizaran los hermanos Lumiere, es explicado por el narrador merced a la *ratio* positivista: un ingenioso juego de luces y cuadros, apoyado

en una extraña lámpara camuflada en el recinto e imperceptible para los atónitos testigos, consigue alterar la conciencia criminal de Voto y su mujer.

La obsesión técnica de Avella Mendoza también se pone de manifiesto en otras secuencias, bien a través de explicaciones racionales, bien a través de metáforas, como sucede con el comentario tras la estocada fatídica que mata a Jorge Voto: su cuerpo se conmovió “como al contacto de una pila de Volta”, o cuando el autor compara la velocidad del caballo en el que huyó Pedro de Hungría con “los secretos del vapor doscientos años antes de su invención”. Pero si la preocupación técnica subraya buena parte de la poética narrativa de Avella Mendoza, también se advierte una curiosa anticipación simbolista en el plano de ciertas situaciones: el presentimiento que sacude a Inés de Hinojosa cuando, al acercarse a su ventana, advierte “un fantasma que agitaba cien brazos hacia ella, como si quisiera atacarla y envolverla en sus largas extremidades”: es el árbol de la calle, donde a la postre será ahorcada. Este dato, como la recurrente ave negra que preanuncia la tragedia en *María*, de Jorge Isaacs —novela publicada tres años después que la de Avella Mendoza— o el fúnebre búho instalado en el árbol donde será ahorcado el Zarco, en la novela homónima de Altamirano, constata un anticipo simbolista, en los tres casos preludio de un desenlace trágico.

Mención aparte merece la fascinación que doña Inés de Hinojosa ejerce sobre todos los autores que la evocan, desde la inicial devoción que, pese al aparente dicitario, despertó en Rodríguez Freyle: “Con razón llamaron a la hermosura ‘callado engaño’, porque muchos hablando engañan, y ella, aunque calle, ciega, ceba y engaña”. Vicente Pérez Silva, en su bien documentado prólogo, recoge una serie de comentarios sobre la belleza de doña Inés —quien, por otra parte, no se apellidaba Hinojosa sino Manrique, según afirma el historiador Ulises Rojas— y gracias a ellos puede trazarse un retrato que resulta arquetípico y que da pie a una iconografía inconfundible. Avella Mendoza nos la presenta como una hermosa morena de treinta y cuatro años, “de alta estatura, talle de amazona, contornos llenos y formas voluptuosas”. Herminia Gómez Jaime de Abadía, citada por Pérez Silva, dice: “Su extraña hermosura debía remover hondamente las fibras de algunos corazones y hacer temblar otros con misterioso temor”, e insiste en subrayar su “palidez alabastrina, que nada tenía de enfermiza, y antes bien, era su mayor atractivo; sus finas cejas negras tenían una movilidad inquietante, y su opulenta cabellera intensamente oscura cortaba con sombra la blancura de su tez, en que lucían sus labios de un rojo inverosímil”. Sin embargo, quien mejor se aproxima a la etopeya del personaje a través de su leyenda es el poeta Roberto Liévano, en un texto que Pérez Silva evoca con evidente entusiasmo:

*Desnudos corazones a tu capricho estrujas
y aquel a quien tus manos inconstantes apenas
acaricias, al vértigo de la muerte condenas,
pues son tus garras crueles como vivas agujas.*

*Criolla de sangre cálida que a todas sobrepujas;
Agripina, Cleopatra, fina Friné de Atenas.
Un zumo de cantáridas circula por tus venas
y hay fulgores siniestros en tus pupilas brujas.*

*Los hombres por tus besos desnudan sus puñales...
(¿Qué filtros hechiceros la lujuria pondría
entre tus labios húmedos de pecados mortales?).*

*Mas no te satisface su amor múltiple y vario;
y gira como en danza lúbrica todavía
tu cuerpo voraz, péndulo del árbol legendario.*

El propio novelista Avella Mendoza claudica al final de su historia y no puede menos que reconocer una abierta admiración por doña Inés: “No todo era maldad en aquella mujer: en sus ojos habrían podido encontrarse todavía algunas lágrimas, y de su corazón habrían podido arrancarse todavía algunos ayes. Las mujeres nunca son bastante indolentes para carecer de sentimiento”. Incluso parece excusarla: “He aquí a la mujer con todas sus debilidades y todas sus inconsecuencias: empuña y aplica al combustible la tea incendiaria, y no pocas veces es la primera que se arroja para apagar una nube en sus formas, no siempre conserva un sello en su carácter...”. Esta mujer, esta historia, esta evocación de un fascinante principio femenino vigente desde las agitadas noches de la Colonia tunjana es la que vuelve a renacer gracias a la óptica —en la actualidad bastante divulgada— de Próspero Morales Pradilla, en su novela *Los pecados de Inés de Hinojosa*.

Ya mitificado el referente humano de la protagonista, el autor traza las minucias del hábitat, sus costumbres más íntimas y los pormenores del entorno, la cotidiana arqueología de una época que se empeñaba en permanecer secreta y que al fin se impone merced a una reconstrucción devota y certera. Por todo ello, bajo la advocación de doña Inés, es Tunja la que nos ofrece el otro rostro de su historia diaria, urbe de la que con exacto casticismo alguien dijo: “Lo bueno de esta ciudad pacata es que nadie sabe cómo amanecerá mañana y, mientras tanto, se puede joder según nos venga en gana”. El infinitivo *joder* es incitante y perturbador y todo su sentido peninsular es el que reivindica el agitado prontuario erótico de doña Inés de Hinojosa, cuya voluntad de vida y su encendida convicción de otorgarle rostro y cuerpo a la pasión la convierten en la figura tutelar de una tradición que, a pesar de su leyenda, ha dejado entumecer las fibras del instinto.

Tan rica en historias como en bienes materiales, Tunja ya había sido señalada por el autor del *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* como centro de ávidos intereses: “La tierra de Tunja es más rica que la de Bogotá, aunque la otra lo es harto, pero oro y piedras preciosas y esmeraldas, siempre lo hallamos mejor en Tunja”. En cuanto al inquieto hembrerío que anima las frías noches del altiplano, doña Inés goza con prolegómenos honrosos: “digo que la disposición desta gente es la mejor que se ha visto en Indias, especialmente las mugeres tienen buena hechura de rostro y bien figuradas, no tienen aquella mala manera y desgracia que las de otras indias que habemos visto, ni aun son en la color tan morenas”. Lo ocurrido en Tunja, capital cultural de la Colonia neogranadina —no en vano allí residieron y escribieron, entre otros, Juan de Castellanos, Hernando Domínguez Camargo y la monja Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara—, remite nuestra atención a otro sonadísimo escándalo en el que la inteligencia de la mujer la libera de toda sospecha: en ausencia de su marido, una mujer se entrega generosamente a sus galanes, al extremo de quedar embarazada; pero, ante el inesperado regreso del cónyuge, contrata los servicios de la negra Juana García, una hechicera que resuelve el enredo de forma tan eficaz que la culpa de la adúltera termina por comprometer al confundido esposo (IX).

—El caso de doña Inés de Hinojosa nos hace evocar otro, que tuvo por escenario a Santa Marta. La bella Luisa Manjarrés mata y entierra al hijo que

tuvo de su amante Esquillus y, acto seguido, trama la muerte de Isabel, la esposa de su fornicador, con tan mala suerte que precipita su desgracia. Luisa le envió a su rival un plato de “berenjenas envenenadas” con el secreto propósito de quitarla de en medio, pero fue Esquillus quien —como recuerda con humor Arciniegas—, por lo visto bastante afecto a las solanáceas, las devoró, pasando pronto a mejor vida. De inmediato se inicia causa criminal contra Luisa, y su padre no tiene más remedio que disfrazarla de mancebo haciéndola huir a Cartagena, primero, y luego a Santafé, con lo que, a su manera, recrea las aventuras de Catalina de Erauso, la novicia donostiarra que sirvió de modelo a *La monja alférez* de Thomas de Quincey.

—El oidor doctor Andrés Cortés de Mesa planea, con la ayuda de Andrés de Escobedo, la muerte de Juan de los Ríos, amante de su mujer, doña Ana de Heredia, hermosa dama a quien el oidor no vacila en “prestar” a su cómplice con el fin de ganarlo por tan deliciosa vía para su causa. El crimen se lleva a cabo y los dos asesinos mutilan el cadáver remitiéndole a la mujer las orejas, “las narices”, el corazón y los genitales de su amante. Al reconocerlos, doña Ana “hizo grandes extremos” y se enclaustró en su casa (XII).

—El adulterio de la mujer del licenciado Gaspar de Peralta con Francisco de Ontanera, da pie para que se planteen una serie de pesquisas de la más pura raigambre policíaca, al punto de que una muerte resuelve inopinadamente la situación planteada en el relato (XV).

—Doña Luisa Tafu, de común acuerdo con su hermano y su amante, Diego de Fuenmayor, decide asesinar a su marido, un tal Francisco Vela (XVIII).

—Un individuo que era “más cruel que tigre de Hircana, más que can de Getulia, más que osa de Libia”, liquida a su mujer sólo porque la sorprendió a solas con un fraile (XIX).

—Francisco Martínez Bello asesina a su esposa, doña María de Olivares, por negarse ésta a matar a su hija, una niña hija de ambos. Una niñera negra denuncia al asesino y éste es condenado a morir en la horca (XIX).

—Juan de Leiva mata a su esposa, doña María de Vargas —“rica y hermosa señora, y dueña de su libertad”, viuda del capitán Antonio Mancipe—, y a su amante, Antonio de Quiñones. El homicida logra escapar a Sevilla, donde, sin embargo, no escarmienta, ya que no tardó en casarse con otra viuda aunque aún lozana andaluza (XIX).



—Tres días después del parto de la viuda Jerónima de Mayorga, señora célebre por su falta de prejuicios sexuales, hace aparición su hermano y la asesina no sin robarle antes todos sus bienes (XXI).

Obviamente, los casos que se podrían mencionar son mucho más variados y pintorescos, aunque los que aquí hemos elegido pueden dar una aproximada idea de la forma como Rodríguez Freyle articula en su libro, junto con la reseña histórica, los acontecimientos más destacados de la época. Ahora bien, lo realmente singular no es tanto la inclusión de estos casos sino la destreza literaria con que los reviste y narra. El autor, incluso, se permite una serie de curiosas interpolaciones que, a lo largo del libro, van creando una especie de relación directa con el lector. Rodríguez Freyle reclama su atención, solicita su ayuda, lo increpa y, en fin, lo compromete a través de una curiosa gama de ardidés que lo único que ponen de manifiesto es su insospechada destreza narrativa.

Cuando describe la situación de los chibchas poco antes de la llegada de los conquistadores, el autor pide permiso al lector para abandonarlo, ya que los personajes exigen su atención, pues los dejó rezagados, páginas atrás, “en las lomas de Vélez”. En la mitad del capítulo V, y para señalar una interpolación en su tema, el cronista escribe: “Ponga aquí el dedo el lector y espéreme adelante, porque quiero acabar esta guerra”. Una vez acabada *esa guerra*, y cuando ya han transcurrido muchas páginas, Rodríguez Freyle vuelve a fustigar el proceso de lectura al señalar: “con lo cual podrá el lector quitar el dedo de donde lo puso, pues está entendida la ceremonia”. Otras veces aduce razones de cansancio para no seguir escribiendo, o se interrumpe para pedir ayuda al presunto lector: “Concertadme, por vida vuestra, estos adjetivos...”. La disponibilidad lúdica del autor de *El carnero*, en el plano específico del lenguaje, se aprecia cuando, por ejemplo, escribe: “Los años nuevos, donaire y gentileza de Antonio de Quiñones, y los tiernos de doña María de Vargas y su hermosura, que sin gozarla se marchitaba, el trato y comunicación de los dos con la ocasión que se les puso en medio, todas estas cosas juntas abrieron puerta a estas amistades, con palabra de casamiento, sin entender el frasis de esta palabra, porque es lo propio que decir que en *casa miento*, pues corre esta palabra con aquella respuesta que daba el oráculo al pueblo gentilico cuando le consultaba para ir a la guerra: *Ivis redivis non morieris in bello*. Por manera que con el adverbio *non* los engañaba. Si salían vencidos y venían a él con las quejas del engaño, decía: ‘Yo no os engañé porque os dije la verdad: *Ivis*, iréis; *non redivis*, no volveréis; *morieris in bello*, moriréis en la guerra’. Si salían vencedores y le iban a dar las gracias, con el mismo adverbio *non* los recibía: ‘*Ivis*, iréis; *redivis*: volveréis; *non morieris in bello*: no moriréis en la guerra’. Lo propio tiene la palabra de *casamiento*, porque tienen quitadas muchas flores y muchísimos honores, que tal o cual vez sale con victoria. En conclusión, con esta palabra estos amantes, sin sacar licencia ni esperar que el cura los desposase, ellos mismos se velaron con velas de sebo”. No está de más agregar que los protagonistas de esta historia filológico-pasional fueron pasados a cuchillo posteriormente por un marido celoso.

VII

Cuestión arduamente debatida es la presunta dosis de misoginia que destila *El carnero* y de la cual sería prueba más que suficiente la responsabilidad atribuida a las mujeres en los crímenes que registra el libro. De cualquier forma, es preciso señalar que la andanada de Rodríguez Freyle contra el sexo femenino

—casi todos los críticos (y de manera muy especial Antonio Curcio Altamar en su *Evolución de la novela en Colombia*) dan por sentada la feroz antipatía del autor contra las mujeres— lleva implícita una coartada, evidente en el objetivo de sus ataques: no son *todas* las mujeres las que reciben sus diatribas, sino apenas una selecta parte compuesta por las más bellas de la tribu. El presunto moralista deja ver de inmediato su verdadero propósito, a punto tal que lo que parecía una furiosa admonición de sacristía se convierte pronto en una encendida erotomanía. El libertino asoma sus fauces tras el dicterio con que responde a la indiferencia de las hermosas, únicas criaturas a las que se enfrenta, ya que las feas no le interesan para nada y las despacha de entrada con aire entre pícaro y bonachón y una frase solidaria: “cada olla tiene su cobertura”.

Ya en el capítulo V de *El carnero*, tras una curiosa interpretación del libro del Génesis, Rodríguez Freyle hace un largo paralelo de las mujeres (“malas sabandijas, de casta de víboras”) que a lo largo de la historia y de la ficción y gracias al “garabatillo” de su sexo han sabido cavar la fosa de muchas empresas, causas y, cómo no, de hombres ilustres: ahí están para probarlo nada menos que Eva, Betsabé, la hija del Faraón (?), Dalila, Helena de Troya y Florinda, “por quien perdió Rodrigo a España y la vida”.

Este discurso no es nada nuevo, y los ataques contra las mujeres adquieren carta de naturaleza en la evolución literaria de un autor que, como el propio Boccaccio, rasga sin vacilación las arandelas de una sensibilidad ñoña e hipócrita. Conscientemente se presciden aquí de los múltiples ejemplos que se aprecian en la literatura de todos los tiempos sobre el tema de la mujer, por lo que la digresión se centra en la obra del poeta italiano, dado el auge y rápida difusión que tuvo en los siglos XIV, XV y XVI, particularmente en España, y a cuyo influjo, así como al de sus imitadores y herederos, no fue quizá indiferente Rodríguez Freyle durante su viaje a la península. La mujer —despojada de simbologías místico-sentimentales (atrás quedaban Beatrice, Laura y compañía) y reducidas a su más exacta condición terrena— cobra cuerpo en la *Elegía de Madonna Fiammetta* (traducida al castellano en el siglo XV), se regodea su antojo en las historias semigalantes y cínicas del *Decamerón* y se desata, sin trabas ni falso pudor, en el *Corbaccio*, ejemplo insigne de la presunta “literatura misógina”. Escribe Boccaccio: “¿Cómo es posible que los incautos, pegados a las faldas de las mujeres, no se den cuenta de que son muñecos de sus caprichos? Lo cierto es que el propio diablo se dio cuenta de su flaqueza, pues la mujer es el peor gusarapo de la creación”. ¿Qué es un *gusarapo*? García Márquez nos ofrece una inesperada explicación en su ya citada novela *El amor en los tiempos del cólera*: “Los gusarapos eran los animes, unas criaturas sobrenaturales que cortejaban a las doncellas desde los sedimentos de las aguas pasmadas, y eran capaces de furiosas venganzas de amor”. El “gusarapo” halla su equivalente en “la sabandija” de Rodríguez Freyle, aunque las resonancias del eco son aún mayores por vía de la influencia a través de las letras españolas, ya que la sátira contra la mujer se apodera del ámbito peninsular en los siglos XIV, XV y XVI, y así se puede apreciar en Alfonso Martínez de Toledo, que, con su *Corbacho* —¿cómo olvidar aquí el título homónimo de Boccaccio?—, se prodiga en improperios contra “los vicios, tachas e malas condiciones de la malas e viciosas mugeres” (Libro II). La cohorte crece con las celebradísimas *Coplas contra las mujeres*, de Pedro Torrellas (“La mujer es un animal/ que se dice hombre imperfecto/ procreado, en el defecto/ del buen calor natural”); las argucias femeniles del *Espill* o *Libro de las mujeres*, de Jaume Roig; las damas tramposas de *Curial e Güelfa* y, para no ir más lejos, basta recordar las diatribas de Sempronio, cuando en el acto

primero de *La Celestina*, se enfrenta a Calixto con la sana intención de hacerle olvidar a Melibea, enumerándole, de paso, las virtudes femeninas: “inconstancia, presunción, soberbia, parlería, miedo, desvergüenza, alcahuetería, lujuria y ...suciedad”. La invocación de la obra de Fernando de Rojas no es aquí gratuita. Es prácticamente unánime el parecer de la crítica sobre la influencia de *La Celestina* en el libro de Rodríguez Freyle, evidente en múltiples citas y referencias expresas. Así lo ve, entre otros, Antonio Curcio Altamar: “No obstante la natural ausencia de trama dramática y de ejecución novelística propiamente dichas, el abolengo literario de la crónica santafereña arranca, más que de la picaresca, del subgénero celestinesco, en donde cabalmente se realiza esa superposición o interferencia de dos planos, tanto de estilo como de tema, que anoté ya en *El carnero*”.

En Rodríguez Freyle —epígono al fin y al cabo de toda esa literatura, al menos de la del ámbito hispánico a través de la contemporaneidad o la tradición—, tal actitud ante las mujeres asume dos aspectos casi alternativos, ya que al dicitario (“La mujer es arma del diablo, cabeza de pecado y destrucción del paraíso”, refrán que también cita Sempronio) se suman inmediatamente la velada cumplimentación y el requiebro galante no exentos de una nostalgia incrementada por la senilidad: “Déjame, hermosura, que como me coges viejo lo harás por darme pasagonzalos, pero bien está. La hermosura es red, que si la que alcanza este don la tiende, ¿tal cual pájaro se le irá? Porque es red barredera de voluntades y obras...”. Pero el autor, apoyándose aún más en la excusa expresa de su edad, insiste en acumular unos reproches que, antes que desatar la irritación, incrementan la admiración por un estilo pulcro y sólido que roza lo poético: “¡Oh hermosura, dádiva quebradiza y tiranía de poco tiempo! También le llamaron reino solitario, y yo no sé por qué; por mí sé decir que yo no la quiero en mi casa ni por moneda ni por prenda, porque la codician todos y la desean gozar todos; pero paréceme que este arrepentimiento está tarde, porque cae sobre más de los setenta”. Visto lo cual, cabe señalar que buscar rabiosas tomas de partido contra la zarandeada condición femenina en un libro como *El carnero* es tanto como perder deliberadamente de vista el objetivo principal. Por otra parte, una discusión sobre un tema semejante lo único que hace es resucitar esa vieja guerra de sexos sepultada con todos los honores y de la cual dan testimonio y ejemplo volúmenes enteros de la mejor literatura. Baste agregar que las dos actitudes de Rodríguez Freyle ante la mujer son las mismas que, guardadas las respetables diferencias, asumía John Donne, contemporáneo del cronista santafereño, a saber: ira casi divina en sus sermones contra la mujer como responsable de la Caída y ulterior expulsión del Paraíso y, a renglón seguido, erecta lubricidad motivada por la carne siempre apetecible de esa misma mujer, ya plenamente terrena, a la que sin vacilación se ofrece: “Mírame, ven: ¿qué mejor manta para tu desnudez, / que yo, desnudo?”. En cualquier caso, e independientemente de las consideraciones que se hagan sobre el autor, lo que realmente importa es que *El carnero*, merced a su asombrosa singularidad, ofrece una de las primeras visiones sobre los hechos *oficiales* de conquista al tiempo que permite acceder al intrínquilis doméstico e íntimo de algunas de las más florecientes urbes del nuevo continente, sin que ello impida reconocer la notable capacidad narrativa de un hombre que durante toda su vida se dedicó a menesteres diversos y que, gracias a su testimonio, se convirtió al final de sus días en juez y parte del complejo y, en gran medida, determinante proceso de consolidación social americana.